CXVI

J. POPPER-LYNKEUS Y LA TEORÍA ONÍRICA (*)

1923

SE podría decir muchas cosas interesantes sobre la apariencia de originalidad científica que presentan las ideas nuevas, pues aunque al principio se las considere como descubrimientos, y por lo común también se las combata como tales, la investigación objetiva no tarda en demostrar que en realidad no son novedades. Por lo general ya han sido repetidamente descubiertas y olvidadas luego, muchas veces en épocas alejadas entre sí, o por lo menos han tenido precursoras, fueron presumidas vagamente y formuladas sin perfección. Todo esto es harto conocido y no hay motivo para explicarlo.

Pero también merece ser considerado el cariz subjetivo de la originalidad. Un hombre de ciencia puede preguntarse, en cierto momento, sobre la procedencia de las ideas que le parecen singulares y que aplica a su material de trabajo. Sin reflexionar mucho, advertirá entonces qué ha incitado parte de ese material, qué informaciones ajenas ha recogido, modificado y desarrollado hasta sus consecuencias últimas. Con respecto a otra parte de sus ideas no puede confesar nada semejante, debiendo aceptar que estos pensamientos y puntos de vista han surgido -sin que sepa cómo- en su propia actividad intelectiva; en estas ideas fundamenta su pretensión de originalidad.

La investigación psicológica minuciosa constriñe aún más esta pretensión, revelando fuentes ocultas, hace mucho olvidadas, de las que partió la incitación de la idea aparentemente original, sustituyendo así la creación que se creía nueva por una renovación de lo olvidado, en su aplicación a un nuevo asunto. Nada de todo esto merece ser lamentado, pues no teníamos derecho de esperar que lo «original» fuese algo irreductible, indeterminado. También para mí se ha disipado así la originalidad de muchas ideas nuevas que apliqué en la interpretación de los sueños, que me ha permitido solucionar sus enigmas en la medida en que hasta ahora han sido resueltos. Partí del carácter enigmático, confuso e insensato que presentan tantos sueños, y llegué a la noción de que éstos deben ser así porque en ellos trata de expresarse algo que enfrenta con la resistencia opuesta por otras instancias psíquicas. En el sueño se agitan tendencias secretas que están en contradicción con los principios éticos estéticos, por así decirlo, «oficiales», del soñante; por eso éste se avergüenza de tales tendencias, las rechaza durante el día, nada quiere saber de ellas, y si de noche no puede impedirles toda forma de expresión, les impone por lo menos la deformación onírica, que torna confuso e insensato el contenido del sueño. Llamamos censura onírica a la instancia psíquica del hombre que lleva cuenta de esta resistencia interior y que deforma las tendencias instintuales primarias del sueño, a favor de los cánones convencionales o éticamente superiores.

Mas es justamente este elemento esencial de mi teoría onírica el que Popper-Lynkeus descubrió por caminos propios. Prueba suficiente de ello es la siguiente cita de la narración Träumen wie wachen («Soñar como estando despierto»), que forma parte de sus Phantasien eines Realisten («Fantasías de un realista»), seguramente escritas sin conocer mi «teoría onírica», formulada en 1900, como tampoco yo conocía entonces las «fantasías» de Lynkeus.

«De un hombre que poesía la singular cualidad de no soñar nunca desatinos…»

«Tu magnífica cualidad de comportarte en sueños como lo harías despierto reposa en tus virtudes, en tu bondad, en tu equidad y en tu amor a la verdad. La claridad moral de tu naturaleza me permite comprender tu peculiar privilegio.»

«Bien mirado -replicó el otro-, me inclino a creer que a todos los hombres tiene que sucederles lo mismo que a mí, y que nadie sueña nunca desatinos. Un sueño que recordamos tan claramente como para

poder relatarlo después, y que, por tanto, no es ningún delirio febril, no puede menos de tener siempre un sentido, pues aquello que se contradice no podría agruparse para formar una totalidad. El que tiempo y lugar aparezcan con frecuencia confundidos, no se relaciona para nada con el verdadero contenido del sueño, pues ambos factores han carecido seguramente de toda importancia para su contenido esencial. También despiertos obramos así con gran frecuencia. Piensa en la fábula y en tantas otras creaciones de la fantasía, tan atrevidas como plenas de sentido, y de las cuales sólo el hombre incomprensivo puede decir que son imposibles y disparatadas.»

«¡Si se supiera interpretar siempre los sueños acertadamente, como tú lo has hecho con el mío! -dijo el amigo.»

«No es, desde luego, fácil empresa, pero creo que el soñador mismo podría llevarla siempre, con un poco de atención, a buen puerto. ¿Por qué no suele alcanzarse casi nunca? Quizá porque en vuestros sueños hay algo oculto, algo inconfesable de una peculiar y elevada naturaleza, un cierto secreto de vuestro ser, muy difícil de adivinar. Por esta razón parecen no poseer vuestros sueños sentido alguno o ser francamente insensatos. Pero en el fondo no es ni puede en modo alguno ser así, pues el soñador es siempre el mismo hombre, tanto en sueños como despierto.»

Lo que me permitió descubrir la causa de la deformación onírica fue, según creo, mi coraje moral; en Popper, en cambio, fueron la pureza, el amor a la verdad y la limpidez ética que lo animaban.

«Sigmund Freud: Obras Completas», en «Freud total» 1.0 (versión electrónica)